

## INSTRUCCION FAMILIAR.

### PLAN.

#### PRIMERA CONSIDERACIÓN.—Humildad de María.

SUBDIVISIONES.—1. Primer acto de humildad.—2. Segundo acto de humildad.—3. Tercer acto de humildad.

#### SEGUNDA CONSIDERACIÓN.—Caridad de María.

SUBDIVISIONES.—Medios para conservar la castidad:—1. El ayuno —2. Evitar las ocasiones.—3. La oración.

#### TERCERA CONSIDERACIÓN.—Pobreza de María.

#### CUARTA CONSIDERACIÓN.—Obediencia de María.

#### QUINTA CONSIDERACIÓN.—Paciencia de María.

#### SEXTA CONSIDERACIÓN.—Caridad de María para con el prójimo.

*Respexit humilitatem ancilla suæ.*  
Vió la humildad de su sierva.

(Luc., 1, 48.)

AUNQUE los Santos Evangelios no hablan de las virtudes de María, dicen, sin embargo, lo bastante con decir que fué llena de gracia, para hacernos comprender que reunió en sí todas las virtudes en el más alto grado de perfección. Santo Tomás cree que si cada Santo ha brillado por una virtud especial, María, que ha sobresalido en todas, merece ser el universal modelo. San Ambrosio se expresa en el mismo asunto con estas palabras: María fué tal, que su vida puede servir de norma para todos. Y en otro lugar dice el mismo Santo: Tengamos siempre ante los ojos la virginidad y la vida de María que es el verdadero espejo de toda virtud; busquemos en ella un ejemplo que seguir y una regla para todas nuestras acciones. Ya que todos los Santos Doctores convienen en mostrarnos la humildad como la primera de las virtudes, empezaremos por meditar cuán grande fué esta virtud en María.

## PRIMERA CONSIDERACIÓN.

### HUMILDAD DE MARÍA.

La humildad, dice San Bernardo, es la base y la garantía de todas las virtudes. Palabras llenas de verdad; porque, sin esa virtud, ninguna otra puede tener un alma. La humildad es la que las guarda á todas y las reúne en sí misma. San Francisco de Sales escribía á una venerable religiosa, que Dios ama tanto la humildad, que acude al punto donde quiera que se presenta. El mundo no conocía esta preciosa virtud, cuando el Hijo de Dios vino á traerla; El quiso ser el primero en ejercitarla en su persona, ofreciéndose como ejemplo palpable, y dijo: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón. Así María, que fué la primera y la más perfecta entre los discípulos de Jesús, fué también la primera en imitar su humildad, por lo que mereció ser elevada sobre todas las criaturas. Santa Melchthilde supo por medio de una revelación, que la humildad fué la primera virtud que ejercitó nuestra Divina Madre desde su infancia.

1.º El primer acto de humildad de corazón consiste en ser modesto en la opinión que uno tiene de sí mismo; María practicaba esta virtud en tan alto grado que, sintiéndose llena de gracia y enriquecida con los favores celestiales, no se tuvo jamás por superior á ninguna otra persona. Ruperto, al comentar el pasaje de la Escritura: «Tú has herido mi corazón, Hermana, Esposa mía, con un cabello de tu cabeza,» dice que ese cabello de María es el emblema de su humildad con la cual tocó el corazón del Señor. Mas no se crea que, por poseer María esta virtud en un grado muy eminente, se juzgara en pecado, nó; la humildad es siempre verdadera, ni tampoco desconocía las gracias singulares de que la había colmado el mismo Dios, porque un corazón, por humilde que sea, puede muy bien conocer y apreciar los favores de que es objeto. No obstante, dice Santa Teresa, la divina luz que alumbraba su espíritu demostraba la majestad de Dios tan superior á ella, que no podía menos de humillarse sin cesar, repitiendo con la esposa de los Cantares: «No me consideréis que soy morena, porque el sol me estragó el color.» Cuando me acerqué á mi amado, le hace decir San Bernardo, me encontré negra. Y el mismo Santo añade luego: María no dejaba de comparar su insignificante pequeñez con la grandeza y majestad divinas. Semejante á una pobre y sencilla mujer á quien se regalara un rico vestido, y en vez de enorgullirse no hiciera otra cosa que humillarse más ante la persona que se lo hubiese regalado, así María, al contemplar las gracias con que Dios había querido favorecerla, sólo tenía acción para humillarse más y más, recordando que debía al Señor todo cuanto poseía: por eso dijo

en una ocasión á la hermana Isabel de los Benedictinos, que ella se consideraba como la más miserable y la última de las criaturas. Así es, dice San Bernardino, que no hubo en el mundo criatura más elevada que María, porque ninguna se humilló más que ella.

2.º También es un acto de humildad el tener ocultos los favores que se han recibido del Cielo. María no comunicó desde luego á José que había sido elegida para Madre de Dios, por más que creyese necesario revelárselo, para disipar las dudas y hasta las sospechas que hubiera podido concebir sobre la castidad de su Esposa, ó por lo menos para sacarle de la turbación en que se hallaba, máxime cuando lo veía resuelto á separarse de ella sin producir escándalo; resolución que sin duda hubiera cumplido, á no hacerle el Angel comprender que el estado de María era obra del Espíritu Santo. El alma verdaderamente humilde rechaza cuantos elogios se le tributan y los dirige todos á Dios. Así María se turba primero al escuchar la salutación de Gabriel, y más tarde, cuando su prima Santa Isabel le dice: Bendita tú eres entre todas las mujeres, etc. Entonces, consagrando á Dios todas estas alabanzas, responde con estas palabras del Cántico llenas de profunda humildad: Mi alma glorifica al Señor; como si hubiera querido decirle: Tú me alabas, pero yo alabo sólo al Señor, á quien todas las alabanzas corresponden. Tú te asombras de que yo venga á verte, y yo me asombro en presencia de la divina Bondad que constituye toda la alegría de mi alma. Tú me alabas porque he creído, y yo alabo al Señor porque se ha dignado exaltar mi nada. Esto fué lo que hizo decir á la misma María, dirigiéndose á Santa Brígida: ¿Por qué me he humillado yo hasta este punto; por qué he alcanzado todas las gracias que Dios me ha concedido, sinó por el sentimiento de mi nada y el de la grandeza de mi Criador? San Agustín, al hablar de la humildad de María, exclama admirado: ¡Humildad digna de todos nuestros homenajes, que ha dado un Dios á los hombres, abierto el Paraíso, y arrancado nuestras almas al infierno!

3.º También es un acto de humildad el bajarse á servir á otros, y María no vaciló en ir á servir á Isabel durante tres meses, por lo cual dijo San Bernardo: Isabel se asombraba de que María hubiese ido á buscarla; pero había además en aquel acto un nuevo motivo de asombro, y era el haber ido para servirla y no para ser servida. Los humildes permanecen alejados voluntariamente y siempre escogen el último lugar. En esto hace notar el mismo San Bernardo, que deseando María una vez hablar á su Hijo que predicaba en una casa (Mat., xii), permaneció fuera y no quiso entrar á buscarlo. Cuando se reunía en el Cenáculo con los Apóstoles, quiso también ocupar siempre el último puesto. Todos estaban, dice San Lucas, perseverantes en la oración con las santas mujeres y María. Y no lo refiere el Evangelista en esta forma, nombrándola la última, porque ignorase su mérito, sinó simplemente por manifestar el orden en que los fieles se hallaban colocados; esto es, primero los Apóstoles, luego las santas mujeres, y después de todos María. Por eso dice con mucha razón

San Bernardo que la primera fué colocada la última, por ser éste el puesto que le designaba siempre su humildad. La humildad busca siempre los desprecios; así es, que nadie vió á María en las calles de Jerusalén el día de Ramos, cuando su Hijo entraba como triunfador en la ciudad; pero todos la vieron en el Calvario, el día de la Pasión, para recibir allí la parte de vergüenza y de oprobio que naturalmente debía de tocarle, como madre del que sufría una muerte tan afrentosa. Por eso ella misma dijo á Santa Brígida en una de las frecuentes revelaciones que tuvo esta Santa: Yo quise que toda mi vida fuese una vida de sumisión y de humildad, y fundé mis goces y mis deseos en agradar á mi Hijo y humillarme como él.

## SEGUNDA CONSIDERACIÓN.

### CASTIDAD DE MARÍA.

Siendo, M. A. H., una consecuencia de la caída de Adán la rebelión de los sentidos contra la razón, la castidad ha venido á ser para los hombres la virtud más difícil de poner en práctica. De todos los combates, dice San Agustín, los más penosos son los de la castidad, porque se renuevan todos los días y rara vez se triunfa. Alabemos, sin embargo, al Señor por habernos dado en María un ejemplo sublime de esta virtud.

María, dice Alberto el Grande, ha sido proclamada la Virgen de las vírgenes, porque, siendo la primera que ofreció al Señor su virginidad, ha dado á Dios por este mismo hecho todas las demás vírgenes que la han imitado; y según las palabras de David, las vírgenes irán en pos de ella al templo del Rey. María se consagró á la virginidad sin consejo ni ejemplo alguno. ¡Oh Virgen! exclama aquí San Bernardo; ¿quién os enseñó á agradar á Dios por vuestra virginidad y á realizar en la tierra la vida de los Angeles? Sofronio cree que el Señor eligió á María por Madre, á causa de su castidad que debía hacerla el modelo de todas; y San Ambrosio le da el nombre de Abanderada entre las vírgenes: *Signum virginitatis extulit*.

Por consideración á su pureza, ha dicho el Espíritu Santo de María que era bella como la tortolilla; por su pureza ha merecido también llamarse blanca paloma y hermosa azucena. Mi amada es entre las hijas de Jerusalén como la azucena entre los abrojos. Azucena entre abrojos, dice San Dionisio de Chartres, porque las demás vírgenes fueron verdaderos abrojos, ya para sí mismas, ya para los demás, y María no fué causa de amargura, ni para sí ni para nadie. Su presencia sólo inspiraba sentimiento de pureza. San Jerónimo dice que cree que la virginidad de María se extendió hasta á José, y que ella le conservó en un estado de pureza constante. Esto fué lo que respondió

á un hereje que negaba la virginidad de María. La Santísima Virgen, dice un piadoso autor, se mostró tan afecta á su castidad, que por conservarla hubiera renunciado á la dicha de ser Madre de Dios. Así se comprende por su respuesta á las palabras del Angel: ¿Cómo ha de ser éso, si no he conocido varón? Hágase en mí según tu palabra, añade en seguida, queriendo indicar con ésto, que consentía en ser madre, pero sólo por obra del Espíritu Santo.

San Ambrosio dice, que el que guarda la castidad es un ángel, y el que la pierde se asemeja al demonio. Los que son castos llegan á ser ángeles, ha dicho también el Señor. Pero los impuros se hacen odiosos al Señor, como los demonios. San Remigio atribuía al vicio de impureza la pérdida de la mayor parte de los adultos. Sus ataques son reiterados y difícil el vencer, dice San Agustín; pero ¿de dónde nace esta dificultad? De que se descuidan los únicos medios que pueden proporcionar la victoria. Tres son los recursos principales, dicen los maestros de la vida espiritual, con el cardenal Belarmino: *el ayuno, el huir de las ocasiones y la oración*. 1.º El ayuno se entiende particularmente por la mortificación de los ojos y de la boca. María, aunque llena de gracias, practicaba en tan alto grado la mortificación de los ojos, que los tenía siempre bajos y no los fijaba jamás en ninguna persona, según San Epifanio y San Juan Damasceno, que aseguran que desde su infancia fué tan modesta que causaba el asombro de todo el mundo. Por eso en su visita á Santa Isabel partió con presteza, dice San Lucas, como para estar por menos tiempo expuesta á las miradas del público. En cuanto al alimento, Filiberto dice que un ermitaño tuvo un día una visión, en la cual le fué revelado que María, siendo niña, no tomaba en todo el día más que leche, y eso una sola vez. San Gregorio de Tours asegura que ayunó durante toda su vida; y San Buenaventura dice que nunca se hubiera elevado á tan alta perfección á no haber sido tan excesivamente sobria, porque la gracia y la sensualidad son dos cosas que jamás pueden avenirse. María, por último, se mortificó tanto en todo, que pudo decir con razón: Mis manos han destilado mirra.

2.º El segundo medio para combatir el vicio de la impureza es huir de las ocasiones. El que evita el lazo nada tiene que temer; por eso ha dicho San Felipe Neri, que, en la guerra de los sentidos, los medrosos son los que triunfan; es decir, los que huyen de las ocasiones. María, evitando cuanto le era posible la vista de los hombres, se dirigió con gran prisa á las montañas; llega á la casa de Isabel, y permanece en ella tres meses, según un piadoso autor, hasta el momento en que su prima debía verificar su alumbramiento. María permaneció con ella cerca de tres meses, dice el Evangelio, después de los cuales volvió á su casa. Isabel, sin embargo, tocaba al término de su preñez y parió muy pronto. ¿Y por qué la Virgen no quiso esperar á que su prima pariese? Por evitar de antemano las conversaciones y las visitas que había de traer aquel suceso.

3.º El tercer medio es la oración. He comprendido, dice el Sabio,

que no podré conservarme puro, si el Señor no me lo concede... y he acudido á él y le he implorado. La misma Virgen reveló á sor Isabel de los Benedictinos que no había alcanzado virtud alguna sin trabajo y sin oración. (Ap. S. Bon., *de Vit chr.*, c. 3). San Juan Damasceno dice que María es pura y ama la pureza, por cuya razón no puede soportar á los que son impuros; pero que el que tenga confianza en ella, no tendrá más que pronunciar su nombre y al momento se verá libre de la tentación. El Venerable Juan de Avila decía que el simple amor de la Virgen inmaculada había conseguido infinitas victorias sobre la impureza. ¡Oh María, casta paloma! vos sabéis cuántas almas ha precipitado la impureza en los infiernos; sed nuestra ayuda en las tentaciones con que ella nos aflige, y haced que en esos momentos no dejemos nunca de pronunciar vuestro nombre, repitiendo: ¡Oh María, María, socórrenos!

### TERCERA CONSIDERACIÓN.

#### POBREZA DE MARÍA.

Nuestro adorable Redentor, para enseñarnos á despreciar los bienes de este mundo, quiso también ser pobre durante su vida mortal. El era rico, dice San Pablo, y quiso ser pobre para enriquecernos con su indigencia. Por eso dió á los que querían seguirle, estos sanos consejos: «Si queréis ser perfectos, id, vended lo que poseéis y dadlo á los pobres; después venid y seguidme.» Pero ninguno de sus discípulos practicó los consejos ni siguió el ejemplo del Divino Salvador con la exactitud que María. El padre Canisio dice que la Santísima Virgen hubiera podido vivir con holgura sólo con la herencia de sus padres, pero que se contentó con reservar para sí una parte muy pequeña, consagrando lo demás al servicio del Templo ó al alivio de los pobres. Otros muchos autores creen que María había hecho también voto de pobreza, como ella misma lo reveló á Santa Brígida en estas palabras: «Yo hice desde mi infancia voto de no poseer nada en el mundo.» Así es que distribuyó á los pobres los ricos presentes de los Magos, como lo asegura San Bernardo, diciendo: Nada conservó para sí del oro ni de los ricos presentes que los Magos le llevaron, sinó que hizo que José los repartiera entre los pobres; de modo que, cuando se vió libre y desembarazada de aquellos objetos preciosos, se dirigió al Templo, y por no tener con qué comprar un cordero, que era la ofrenda de los ricos, según el Levítico prescribía, se vió en la necesidad de rescatar á su Hijo con un par de palomas, que era la ofrenda de los pobres. Así lo reveló también la Santísima Virgen á Santa Brígida: «Todo cuanto he podido adquirir lo he dado á los pobres, sin reservarme otra cosa que lo absolutamente necesario para mi sustento.»

Su amor á la pobreza la hizo no desdeñarse de unir su suerte á la de un pobre artesano, ni avergonzarse de ganar la vida con su trabajo propio, según San Buenaventura. Un Angel dijo á Santa Brígida, hablando de María: «Los bienes del mundo eran para ella lo que el cieno más despreciable.» Por último, vivió y murió tan pobre, que á su muerte quedaron sólo dos miserables vestidos que la Virgen legó á Metafrasta y Nicéfora, dos santas mujeres que la habían asistido durante su vida.

El que ama las riquezas nunca será santo, dice San Felipe Nerí: á lo cual añade Santa Teresa, que es muy justo que el que corre tras de cosas perdidas se pierda también él mismo. La virtud de la pobreza, por el contrario, continúa la misma Santa, es un bien que sobrepuja á todos los demás. Y digo la virtud de la pobreza, porque, según San Bernardo, no basta ser pobre, sino que es preciso amar la pobreza como un bien inapreciable. Por eso ha dicho Jesucristo: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos será el reino de los Cielos.» Bienaventurados los que sólo buscan á Dios, y no desean otros bienes que los que de él emanan; éstos encuentran en el mundo un paraíso en la pobreza, según esta frase de San Francisco: «Mi Dios y mi todo.» Amemos, pues, H. M., este bien supremo, en que están encerrados todos los demás, como dice San Agustín, y repitamos la oración de San Ignacio: Dadme, Señor, sólo vuestro amor y vuestra gracia, y me tendré por bastante rico. Si la pobreza nos abate, consolémonos pensando que Jesús y su Madre Santísima han sido voluntariamente pobres como nosotros. La pobreza de Jesús y de María, dice San Buenaventura, ofrece al pobre demasiado abundantes consuelos.

¡Con cuánta razón, oh dulce Madre nuestra, decíais que sólo en Dios estaba vuestra alegría, vos, que durante vuestra vida mortal no habéis amado ni ambicionado siquiera otros bienes que El mismol ¡Acercadnos á vos, oh Señora y Soberana nuestra! Apartad nuestros deseos de los bienes engañosos del mundo, para que amemos eternamente al que solo merece ser amado.

## CUARTA CONSIDERACION.

### OBEDIENCIA DE MARÍA.

María amaba tanto la virtud de la obediencia, que no encontró más que estas palabras para responder al Angel: Aquí está la esclava del Señor. ¡Esclava fiel, dice Santo Tomás de Villanueva, que jamás se sublevó contra su Dios, ni de palabra ni de pensamiento, sino que supo con abnegación constante sujetar siempre su voluntad á la de su Divino Hijo! ¡Esclava verdadera y sumisa, cuyas palabras y obras no

estuvieron nunca en contradicción con los preceptos del Eterno Padre, á quien hizo siempre el sacrificio más completo y absoluto de su libertad! El Señor se complació en su humildad, como Ella misma ha dicho: Dios ha mirado la humildad de su sierva; porque la humildad de una verdadera sierva consiste principalmente en la prontitud de obedecer. San Agustín dice que nuestra divina Madre reparó con su obediencia la desobediencia de la primera mujer. La obediencia de María fué infinitamente más perfecta que la de todos los Santos; porque los hombres todos tienen cierta propensión al mal, á causa del pecado primitivo, lo cual da cierta imperfección á sus obras, imperfección que no pudo alcanzar á la Virgen, concebida en gracia y sin mancha alguna de aquel pecado. San Bernardo dice que en María no hubo jamás retardo ni obstáculo para obedecer, y que estuvo siempre dispuesta á recibir las impresiones de la inspiración divina. María, que, como ya hemos dicho, no había participado de la falta común de nuestros primeros padres, no experimentó nunca la más ligera vacilación en su obediencia al Altísimo; era, por el contrario, como una rueda ligera, pronta siempre á girar al más leve soplo de la inspiración del Cielo. Mientras vivió en el mundo, no dejó un instante de tener fijos los ojos en cuarto sabía que era agradable al Señor. El alma de la Virgen, dice Ricardo, era como un metal en fusión, que estaba siempre dispuesta á recibir la forma que Dios quisiese darle.

María dió otra prueba de su prontitud en obedecer á Dios, sometiéndose al edicto del Emperador romano, que la obligaba á recorrer un espacio de cincuenta millas en una estación rigorosa, y hallándose tan próxima al parto, que tuvo que dar á luz á su Hijo en un establo miserable. La misma prueba dió, prestándose sin vacilar, á la primera insinuación de su esposo, á emprender el difícil viaje de la huida á Egipto. ¿Y por qué, pregunta aquí Silveira, no se hizo á María, más bien que á José, la revelación de que esta fuga era necesaria, toda vez que á Ella era á quien podían afectar sus consecuencias? Y él mismo responde: Por no quitarles esta nueva ocasión de manifestarse sumisa y obediente. Tal era la obediencia de María á las órdenes de Dios, dice San Ildefonso, que no hubiera vacilado en crucificar por sí misma á su Hijo si hubiesen faltado los verdugos. Por eso Jesucristo respondió á la mujer del Evangelio que le decía: Dichosas las entrañas que os llevaron; — «Mucho más dichosos aún los que oyen la palabra de Dios y la guardan.» María, según el Venerable Beda, encontró más dicha en obedecer á Dios que en ser su Madre; y aunque se tuvo por muy feliz en ser el instrumento de los designios de Dios, fué mayor felicidad para Ella la de adquirir el derecho de guardar para siempre lo que más amaba.

Las almas obedientes, pues, deben obedecer á María de una manera especial. Un día en que esta Señora se había aparecido á un religioso franciscano llamado Accorse, lo llamaron de pronto para oír una confesión, obedeció y salió al momento; pero al volver á su celda, encontró en ella á la Virgen que le esperaba aún, y que alabó mucho

su obediencia. Por el contrario, se dice que reprendió gravemente á otro religioso que, á pesar de oír la campana del refectorio que le llamaba, se detuvo á cumplir ciertas prácticas de devoción. La obediencia, ha dicho ella misma á Santa Brígida, es la que ha abierto el camino de la gloria á todos los que en ella han entrado. San Felipe Neri es de opinión de que Dios no nos exigirá cuenta alguna de lo que hubiéremos hecho por obediencia, fundándose en estas palabras del Salvador: El que os oye, á mí me oye; el que os desprecia, á mí me desprecia. María ha conseguido también por su obediencia el favor de alcanzar el arrepentimiento y perdón de sus culpas á todos cuantos le imploran. ¡Oh María! vos que sois nuestra Reina y nuestra Madre, alcanzadnos por los méritos de vuestra obediencia la gracia de permanecer siempre fieles á la voluntad del Señor, y á los preceptos de nuestros Padres espirituales.

## QUINTA CONSIDERACIÓN.

### PACIENCIA DE MARÍA.

Siendo la tierra un lugar de prueba, se le ha llamado con harta razón valle de lágrimas; porque todos los que en ella habitan debén ganar su salvación por medio de la paciencia en los sufrimientos. Dios nos propone á María como modelo de todas las virtudes, pero principalmente de la paciencia. Por eso, dice San Francisco de Sales, le dió el Salvador en las bodas de Caná aquella respuesta tan fría, y en la que parecía indicar que hacía poco caso de sus súplicas: Mujer, ¿qué nos va á mí ni á tí? (JOAN. II, 4). ¿Pero á qué detenernos en hechos particulares, cuando la vida entera de María se pasó entre penas y tribulaciones? Como la rosa crece en medio de las espinas, dijo á Santa Brígida un Angel, así la Santísima Virgen se crió en medio de las amarguras. La pasión y muerte de su Sagrado Hijo y nuestro adorable Redentor bastarían para haber hecho de Ella una mártir de paciencia. San Buenaventura ha dicho, que María estaba sufriendo con Jesús en la cruz desde el momento de la concepción. Ya hemos hablado de sus sufrimientos en la huída á Egipto y en el humilde taller de Nazareth; pero su presencia en el Calvario resume de una manera admirable el sacrificio de paciencia que ofreció durante toda su vida. La Madre de Jesús permanecía llorosa al pié de la cruz en que estaba pendiente su Hijo. En aquellos momentos, dice Alberto el Grande, fué cuando se constituyó en Madre nuestra, por la gracia.

Si queremos, pues, ser verdaderos hijos de María, tratemos desde luego de imitar su paciencia. ¿Quién podrá, se pregunta San Cipriano, darnos más méritos en este mundo y más gloria en el otro que la paciencia que hayamos tenido en nuestros sufrimientos? ¿Qué cosa

más útil ni más eficaz que la paciencia podremos buscar en esta vida para llegar á la gloria? Dios ha dicho á su profeta Oseas: «Yo cercaré tu vida de espinas.» En efecto, así como una cerca de abrojos protege y guarda la viña de los que quisieran asaltarla, así también rodea el Señor de tribulaciones la vida de sus elegidos, para impedir que se aficionen á las cosas de la tierra. La paciencia, según San Cipriano, nos libra del pecado y del infierno. La paciencia es la virtud que forma los Santos. Sí, paciencia en sufrir las tribulaciones que Dios nos envía, como las mortificaciones, que son nuestra cruz, la pobreza, las enfermedades, etc., etc.; paciencia en sobrellevar las injusticias y persecuciones de los hombres; tal es el sentido de la visión de San Juan en el Apocalipsis: «Y después ví una gran muchedumbre, y todos los que la componían llevaban palmas en sus manos;» que es tanto como decir, que todos los que se salvan después de haber llegado á la edad de la razón, llegan á la gloria por medio del martirio, ya sea de sangre, ya de paciencia. Por eso San Gregorio exclamaba con placer: Todos podemos ser mártires sin necesidad de verdugos, con tal que la paciencia no nos abandone. Y San Bernardo dice que, sufriendo las penalidades de esta vida con resignación y sin quejarse, todos los sinsabores que hayamos tenido en este mundo tendrán en el otro su recompensa. Los sufrimientos de aquí abajo, dice el Apóstol, son dolores que sólo duran un momento comparados con la inmensa gloria que nos conquistan en la eternidad. Y Santa Teresa añade, que el que abraza la cruz no la siente, y que cuando se está bien resuelto á sufrir, el trabajo está ya pasado. Así pues, cuando sintamos pesar la cruz sobre nuestros hombros, M. A. H., recurramos á María, porque la Iglesia nos la presenta como consoladora de los afligidos, y San Juan Damasceno la llama el remedio para todos los dolores del alma. ¡Oh Madre dulcísima, Reina, Señora y Abogada nuestra! si vos, siendo tan inocente como la cándida paloma, sufristeis con tanta paciencia las adversidades, ¿cómo hemos de rehusar nosotros sufrir también las que Dios nos envíe, nosotros que somos tan culpables que merecemos el infierno? La gracia que hoy os pedimos no es la de que nos libréis de nuestra cruz, sinó que nos deis fuerzas para llevarla con resignación. ¡Oh María! por el amor de Jesús os suplicamos que nos alcancéis esta gracia.

## SEXTA CONSIDERACIÓN.

### CARIDAD DE MARÍA PARA CON EL PRÓJIMO.

El mandamiento que nos ordena amar á Dios, nos ordena también amar al prójimo. El Señor nos ha dicho que el que le ama á El debe también amar á su hermano. La razón de este precepto, dice Santo Tomás, es que el que ama á Dios debe amar todo lo que El ama.

Santa Catalina decía al Señor en una ocasión: «Dios mío, Vos queréis que yo ame al prójimo, y no puedo amar sino á Vos.» Y Dios le contestó de esta manera: «El que me ama, debe amar igualmente todo lo que me es querido.» De lo que se infiere que, siendo María entre todas las criaturas la que ha amado á Dios de un modo más incomparable, ha sido también la que con más intensidad ha amado á su prójimo. El Padre Cornelio á Lápite, hablando del versículo de los Cantares: «El Rey Salomón hizo para sí un palacio espléndido,» dice que este palacio misterioso era María, á quien el Señor, encarnándose en ella, llenó de caridad para que la dispensase á todos cuantos á ella recurriesen. María fué tan abundantemente provista de caridad, que durante su permanencia en el mundo acudía al socorro de los necesitados, aún sin que ellos se lo rogasen, como lo hizo en las bodas de Caná, cuando pidió á su Hijo por aquella pobre familia cuya embarazosa situación le inquietaba. ¡Con cuánto ardor acudía siempre que se trataba de ser útil al prójimo! Por ejemplo, cuando fué á consagrar sus cuidados á su prima Santa Isabel, ¡cómo se apresuró á tomar el camino de la montaña! Por último, no pudo ofrecer una prueba más grande de su caridad que la de entregar á su Hijo á la muerte sólo por salvarnos. María amaba de tal manera al género humano, dice hablando de esto San Buenaventura, que dió por él su único Hijo. Al llegar aquí exclama San Anselmo: «¡Oh Mujer bendita entre todas las mujeres! Vuestra pureza sobrepuja á la de los Angeles, y vuestra santidad os eleva sobre todos los Santos.» Y esta caridad de María para con nosotros, añade San Buenaventura, lejos de desmentirse ó desvirtuarse desde que subió á los Cielos, se ha ido aumentando, si es posible, más y más, porque desde allí ve mucho mejor las miserias de los hombres. María, continúa el mismo Santo, durante su destierro en el mundo desplegó una gran misericordia en favor de los desgraciados; pero esta misericordia se ha hecho mayor aún desde que reina en el Cielo. Un Angel aseguró á Santa Brígida que era imposible implorar la caridad de María sin ser escuchado y obtener su gracia. ¡Desgraciados de nosotros si María no intercede en nuestro favor! Sin las súplicas de mi Madre, ha dicho el mismo Jesucristo á Santa Brígida, no hay esperanza siquiera de salvación.

¡Dichoso aquel, dice nuestro Divino Maestro, que comprende mis palabras y se esfuerza en imitar mi caridad para con sus hermanos! Y San Gregorio Nazianzeno asegura que nada puede conciliarnos mejor la amistad de María que la caridad para con el prójimo. Este precepto del Señor: «Sed misericordiosos como lo es vuestro Padre,» María lo repite también á todos sus hijos en esta forma: «Sed misericordiosos como lo he sido yo, que soy vuestra Madre.» No hay duda que Dios y María usarán con nosotros de la misma caridad que con el prójimo hayamos usado. Dad al pobre, decía San Metodio, y obtendréis el paraíso por recompensa; y el Apóstol exclamaba que la caridad para con el prójimo nos hace felices en esta vida y en la otra.

San Juan Crisóstomo dice, comentando un pasaje de los Proverbios, que el que socorre al pobre en sus necesidades, hace á Dios mismo su deudor. ¡Oh Madre de misericordia! Vos, que tanta caridad habéis tenido para todos los hombres, no os olvidéis de nuestras miserias. Ya las veis, Señora: rogad por nosotros á Dios, que nada os rehusa, y alcanzadnos la gracia de imitar siempre vuestra caridad para con Dios y para con el prójimo. Amén.

SAN LIGORIO.